UMBRAL

NORTHUNDIA

La Corte del Velo



Nacho de Bustos. Martín.

LUCERO GAMES®

NORTHUNDIA

La Corte del Velo

Nacho B. Martín

NORTHUNDIA

La Corte del Velo

traselumbral

Lucero Games

Agradecimientos

PRIMERA PARTE

Las campanas de Valdascua

1

La campanada de más

Elia tenía una rueda metálica entre los dientes y estaba subida a una silla cuando Aren entró en la cocina.

—Remueve —masculló Elia apretando los dientes y señalando el fuego.

Aren dejó la mochila junto a la puerta. En el puchero, las gachas habían empezado a pegarse. Apartó las brasas con el atizador y buscó la cuchara.

—Ni un hola, ni un «¿qué tal?». ¿No ibas a arreglar el reloj después de desayunar?

Elia se quitó la rueda de la boca.

—Iba a desayunar a las siete. Por lo visto, seguimos en las seis y cuarto.

El reloj de la cocina llevaba dos días marcando la misma hora. Su dueña había desmontado media esfera, colocado las piezas sobre la tabla de cortar y devuelto a la caja un tornillo que no pertenecía a aquel mecanismo. Aren lo recogió.

—Este es del torno.

—Ya me parecía que sobraba —replicó Elia, encogiéndose de hombros.

—En el torno no sobra —zanjó la chica.

Elia alargó la mano, bajó con cuidado y le dio un beso en la sien antes de recuperar el tornillo. Olía a jabón, a hierro limado y al humo que se escapaba por la puerta del fogón. Aren conocía aquel olor desde niña y hubiera podido reconocerlo en cualquier parte. También conocía, sin verlas, las manchas de la mesa y el pequeño desnivel del suelo en el que siempre se le quedaba coja la silla. Aquella mañana reparó en todo mientras servía dos cuencos.

El carromato para Puerto de Lumbre saldría después del primer toque. Le habían reservado un hueco entre los sacos de lana. No era un trabajo ni una promesa de trabajo, simplemente, el primo de un cliente de Elia le había dicho que en los astilleros necesitaban manos, y ella llevaba tres meses convirtiendo esa frase en un plan.

—¿Has dormido? —preguntó Elia.

—Un poco.

—Se te ha oído hacer y deshacer la mochila.

—No sabía si llevarme la chaqueta gruesa.

—¿Y al final la llevas?

—Es que ocupa media bolsa —contestó Aren.

—Y la otra media la ocupan las cosas que no necesitarás.

Aren miró la mochila. Elia había cosido un remiendo azul en una manga de la chaqueta. Lo había hecho la víspera, mientras ambas fingían estar ocupadas con asuntos mucho más importantes que despedirse.

Se sentaron a desayunar. Por la ventana entraban los golpes de un martillo y la voz de alguien que pedía más cinta para el arco de la plaza. Estaban en plena fiesta de las primeras aguas. Después del invierno, con el deshielo, el canal volvía a alimentar las ruedas de los molinos y, éstos con sus giros, los huertos. Los niños pasarían el día metiendo los dedos en los surtidores y, por la noche, habría música delante de la posada. Aren había elegido aquella fecha porque muchos carros bajaban a la costa. Ahora le pareció una descortesía irse precisamente cuando todo el pueblo salía a la calle.

—Puedo esperar una semana —dijo.

Elia dejó de soplar la cuchara.

—Poder… puedes. ¿Pero de verdad quieres?

—No lo sé.

—Entonces acaba eso y ve a despedirte de Mencía. Si esperas a estar segura, te jubilarás reparando mi reloj.

No había enfado en su voz y eso se lo puso más difícil.

Aren tenía veinticinco años y llevaba casi la mitad trabajando en el taller. Sabía ajustar una cerradura, encontrar un eje torcido por el roce y enderezar la montura de unas lentes sin quebrar el cristal. Elia todavía le revisaba los trabajos delicados, pero ya hacía tiempo que los clientes preguntaban directamente por ella. Si quería, podía quedarse. Tendría una cama, un oficio y gente que la saludara por su nombre. Lo que no tenía en esos momentos era una idea de cómo sería su vida fuera de aquel valle.

—Y si no encuentro nada en el puerto… —empezó, alargando las palabras.

—Pues vuelves. Esta siempre será tu casa. Puedes volver sin excusas, puedes volver sin historias que contar o puedes volver porque siempre podrás volver.

Elia lo dijo con tal sencillez que Aren tuvo que bajar la vista al cuenco.

—No quiero que pienses que aquí…

—Ya sé lo que hay aquí. También sé que llevas un año preguntando a los viajeros cuánto tardan los barcos en llegar al sur. No me insultes fingiendo que no te has pasado las tardes mirando los caminos. Le sonrió con dulzura mientras le acercaba un paquete envuelto en tela. Dentro había pan, queso y el cuchillo de trabajo de su madre, con una muesca junto al remache del mango.

—Lo he afilado. No lo abras ahora, que luego te cortas y se acaba el viaje antes de empezar.

Aren pasó el pulgar por la tela con nostalgia. Su madre había muerto cuando ella aún tenía que ponerse de puntillas para alcanzar el banco del taller y conservaba pocas cosas suyas. El cuchillo había seguido usándose todos aquellos años, pero le gustó recibirlo con el mango limpio y el filo dispuesto, no como un objeto que hubiera que guardar por miedo a gastarlo.

Abrazó a Elia de manera impulsiva, como si tuviera prisa por no tener que soltarla nunca más. La otra mujer le dio dos palmadas en la espalda y luego la sostuvo un momento más.

Salieron juntas a la calle. Elia levantó la persiana del taller y Aren cruzó hacia la plaza con la mochila al hombro.

Habían tendido cintas verdes entre los balcones que cruzaban la calle de lado a lado. La fuente mecánica de los pájaros salpicaba a un grupo de niños. Cada figura de latón llenaba el pico, inclinaba la cabeza y vertía el agua sobre la copa de la siguiente. La última permanecía inmóvil, apuntando al campanario. Aren, que la había visto infinidad de veces funcionar, sabía que eso no era lo que tenía que hacer, así que pensó en acercarse a ver qué mantenía a la figura del ave fija para liberarla, pero entonces vio que el carro ya estaba parado junto al soportal y apretó el paso.

Dos carruajes oscuros ocupaban el lugar donde otros años se instalaba el puesto de buñuelos. Llevaban en la ornamentada puerta una mano abierta bajo una rama de espino. La Casa Ors. Aren había visto aquel emblema en las placas del canal y en los sellos de los sacos que subían a las tierras altas. El carruaje más cercano tenía las ventanillas de cristal ahumado y una pequeña caja de metal bajo el eje trasero. De ella salían dos conductos estrechos, protegidos con cuero.

Adela Sorn discutía con un hombre de guantes claros delante de la posada.

—No delante de todo el mundo, Teren. Entra y enséñamelo.

—No hay nada que ocultar —dijo él.

—Entonces entra —replicó Adela.

Aren la conocía desde que la archivera la había sorprendido dibujando ruedas en el margen de un libro de cuentas. Del hombre solo sabía el apellido: Valcár, administrador de la Casa Ors. Parecía recién bañado, a diferencia de cuantos habían ayudado a limpiar el canal durante la última semana.

La campana dio el primer golpe. Una…

En ese justo momento el carretero se volvió para contar a sus pasajeros: uno… Aren levantó una mano. Dos, tres… En ese momento un perro se puso a ladrar bajo los arcos. Las campanadas continuaron con intervalos desiguales, cuatro,

cinco… como si quien tiraba de la cuerda tuviese que recuperar el aliento entre una y otra. Once, y al llegar a doce, el carretero chasqueó la lengua. Pero entonces, sonó una más: trece.

La plaza quedó en silencio durante un instante. Elia apareció en la puerta del taller con una lima en la mano.

—Eso no puede hacerlo —dijo.

El reloj de la torre tenía una rueda de doce dientes. Aren estaba segura de ello porque la había limpiado el otoño anterior. Para repetir un golpe tenía que atascarse el escape, pero el intervalo había sido demasiado largo. La muchacha vio como algo blanco se agitaba de manera convulsa detrás del ventanuco del campanario.

—¿Vienes? —le gritó el carretero.

Aren volvió a distinguir el movimiento: un ala que chocaba contra la madera del cerco y desaparecía de su visión. Otra vez.

—¡Dame un momento! —respondió Aren, alzando la voz.

—Llevo dando momentos desde que amanece. La cuesta no se baja sola.

Dejó la mochila en el taller. Elia no trató de retenerla ni le dijo que fuera. Se limitó a darle una cuña pequeña que guardaba en el bolsillo del mandil.

Las escaleras de la torre olían a humedad, a cerrado y a plumas. Aren subió de lado por el tramo más estrecho, sujetándose a una cuerda fija en la pared. Cuando llegó al rellano miró por el ventanuco de la pared curvada y pudo ver cómo el carro estaba ya saliendo de la plaza. Continuó subiendo otro tramo y, al asomar la cabeza por el hueco de la escalera, vio una lechuza que se debatía contra el mecanismo. Tenía una pata atrapada junto al eje del reloj. Un hilo casi transparente le rodeaba el tarso y se perdía entre dos arandelas. Cada vez que el animal tiraba, una palanca se levantaba hacia el martillo de la campana. En el primer tirón, con las fuerzas intactas y con el presillo de fajadura de la campana liberado, debió de dar la decimotercera campanada.

—Quieta. Espera —murmuró Aren.

El ave abrió las alas. Tenía el disco facial en forma de corazón, pero un lado era más estrecho que el otro. Una mitad color marfil recogía la luz del ventanuco y la otra parecía quedar abierta entre las plumas oscuras. Los ojos tampoco eran iguales. Sobre la cabeza, tres plumas vencidas le daban un aspecto desaliñado y de estar en permanente alerta. Aren distinguió tres plumas gastadas en el ala izquierda, pendientes de muda, antes de que la plegara de golpe.

No parecía tener nada roto, pero estaba exhausta. Aren apoyó una rodilla en el suelo y buscó el punto donde inmovilizar el eje. Si cortaba primero el hilo, la palanca caería y el nudo podría arrastrar la pata entre los dientes de la rueda con fatales consecuencias para el ave. Se palpó los bolsillos y encontró la cuña que le había dado Elia. Acto seguido la insertó entre los dientes para bloquear la rueda y la madera cedió unos milímetros y quedó fija. La lechuza, por sorpresa, le lanzó un picotazo a la mano.

—Tienes razón. Yo tampoco me fiaría —susurró Aren.

Fue a echar mano de la chaqueta y se maldijo en voz baja, pues se la había dejado abajo, con la mochila. Se quitó entonces el pañuelo del cuello, lo dobló sobre el antebrazo y lo acercó muy despacio. El ave lo golpeó con una garra y Aren dejó de moverse. Notaba la vibración del mecanismo a través de la rodilla.

Cuando la lechuza volvió a respirar sin abrir el pico, Aren pasó el cuchillo por debajo del hilo. No era de crin ni de tripa, sino una especie de hebra fina y transparente de un material extraño, pero duro y sobrio como no había visto antes. La hebra se pegó al acero y se estiró muchísimo: al parecer también era muy elástica. De suerte que Elia había afilado bien el cuchillo.

A continuación, Aren observó las arandelas y en una de ellas había una rama de espino grabada.

La lechuza la miraba fijamente, como evaluando lo que la muchacha estaba haciendo, para reprenderla si no la convencían sus actos.

Aren presionó con fuerza con la hoja sobre la hebra, empujó adelante y atrás un par de veces y el hilo cedió.

Durante un instante, Aren vio su propia nuca. Estaba más abajo, arrodillada junto a la caja del reloj, con el pelo recogido a medias y una manga manchada de hollín. Vio también el ventanuco abierto, mucho más cerca de lo que debía, y el tejado de la posada al otro lado de la plaza. No tuvo más remedio que agarrarse al cerco, mareada por la repentina visión. La imagen desapareció de golpe. Volvía a estar dentro de su cuerpo, con la mano izquierda dolorida por el golpe y el cuchillo apretado en la derecha. Mientras todo eso ocurría, la lechuza había saltado a una viga.

Aren respiró hondo y miró el hilo que colgaba del mecanismo. La torre seguía inmóvil, mientras abajo, alguien había vuelto a llamar a los niños junto a la fuente.

—¿Has sido tú? —le preguntó a la lechuza, sin creerse del todo que estuviera haciendo aquella pregunta.

El ave inclinó ligeramente la cabeza, como si no entendiera la pregunta, y no hizo nada más.

De momento no quiso volver a tocar al ave. Abrió del todo el ventanuco, recogió la cuña tras comprobar que la palanca podía bajar sin arrastrar nada y se apartó de la salida para esperar.

La lechuza tardó en decidirse. Antes de echar a volar, pasó tan cerca de su cara que Aren sintió el aire de las alas en los labios.

Aren comenzó a bajar por la escalera, con el trozo de hilo envuelto en el pañuelo. Elia la esperaba en la puerta del taller.

—El carro se ha ido —dijo.

—Lo he visto. Bueno, sale otro pasado mañana.

Aren apoyó el cuchillo en el banco. Tenía un corte pequeño entre el pulgar y el índice, aunque no recordaba habérselo hecho.

—Había una lechuza atada al reloj —dijo.

Elia dejó la lima al lado del cuchillo.

Mientras Aren le enseñaba el hilo, una sombra cruzó la calle. El ave se posó en el alero de enfrente, se sacudió las plumas y se

quedó mirando el taller. A plena luz resultaba más pequeña. Aren sintió de nuevo el roce del aire en la cara y se volvió hacia ella.

—No te la has traído, ¿verdad? —preguntó Elia.

—No. Me ha seguido ella.

La lechuza cerró un ojo. El otro siguió pendiente de la puerta.

Aren dejó el pañuelo abierto sobre la mesa y Elia fue a buscar una venda.

2

Un sitio a la mesa

Mencía estaba intentando sacar una bandeja del horno con un trapo demasiado corto. Aren se la quitó de las manos antes de que volviera a quemarse.

—Pensaba que ya estarías de camino —dijo la posadera.

—Yo también.

Dejaron el pan sobre una rejilla. En el comedor habían apartado los bancos para el baile de la noche, aunque nadie parecía tener ganas de terminar el trabajo. Dos hombres hablaban junto a la ventana, mirando los carruajes. Una mujer esperaba con una olla entre las rodillas. En la mesa del fondo, una viajera examinaba una herida en su antebrazo.

—Elia me ha dicho lo de la torre —añadió Mencía—. ¿Dónde está el animal?

—En el tejado. Creo.

—Mientras no se meta en la despensa, la invito a quedarse.

Cogió un cuchillo de pan y cortó una hogaza. Aren reconoció la taza verde de Runa en el estante, delante de otra docena de vasos que nunca se usaban.

—¿Cuándo vuelve?

—En cuanto le dejen cargar los tejidos. O en cuanto se canse del capitán. La última carta tenía dos páginas sobre las telas y cuatro sobre él.

Mencía sonrió al decirlo. Había estado separada de su mujer todo el invierno; a Aren le gustó que pudiera hablar de aquella ausencia con impaciencia y sin miedo.

La viajera del fondo soltó un juramento al despegarse la manga.

—Tienes agua limpia aquí —le dijo Aren.

—Lo que no tengo es otra mano.

Se llamaba Lúa Brenal. Llevaba una cartera de mensajería cruzada sobre el pecho y las botas cubiertas de un barro distinto del de la plaza, rojizo y con pequeñas piedras blancas. La herida no era profunda, pero había sangrado sobre la tela y se había pegado al secarse.

Aren acercó una jarra y se sentó enfrente.

—Voy a mojarla primero.

—Gracias. Si preguntan, han sido tres bandidos.

—¿Y si no preguntan?

—El saliente de un puente. Pero, dicho así, parece culpa mía.

Tenía una voz algo ronca y una manera directa de mirar que hizo a Aren concentrarse de más en la manga. La empapó despacio, sin tirar. Había visto a Elia hacer aquello muchas veces con cortes del taller.

—¿Qué puente?

—El de las Tres Luces. Han puesto una cadena en el paso principal. Me mandaron por la pasarela de mantenimiento y había una grapa suelta.

Aren levantó la vista.

—¿Han cerrado el camino al puerto?

—No a todo el mundo. Están reteniendo a quienes figuran en una lista de la casa. Yo no figuraba, pero mis paquetes sí necesitaban esperar a que alguien decidiese si contaban como equipaje o mercancía.

—¿Y por eso bajaste por debajo?

—Por eso y porque el barco de mañana no espera mis explicaciones.

La tela se desprendió. Aren limpió el borde del corte y le tendió una venda. Lúa la sujetó con los dientes mientras ella hacía el nudo.

—Me han dicho que arreglas cosas —comentó, soltando la venda.

—Algunas.

—La gente del camino suele decir que sabe hacerlo todo. Se agradece la diferencia.

Mencía dejó dos cuencos de caldo sobre la mesa. Antes de que Aren cogiese la cuchara, la llamó el hombre que estaba junto a la ventana.

Era Nerio Belsa. Aún llevaba harina en una ceja y se la frotaba cada vez que hablaba, extendiéndola más.

—¿Has visto a Ivo esta mañana?

Aren negó con la cabeza. Conocía a los dos del molino, donde Elia y ella reparaban las poleas de carga.

—Anoche no volvió —continuó Nerio—. Lo mandaron a mirar una derivación, después de cenar. No había llegado cuando empezó el turno.

Mencía se acercó.

—Cuéntale lo del factor.

Nerio apretó las manos contra el respaldo de la silla.

—He preguntado a Valcár. Ha dicho que Ivo murió ayer, a la hora de la cena. Que habrá un error con el aviso y me darán razón en cuanto lo aclaren.

—Pero cenó contigo —dijo Aren.

—Claro que cenó conmigo.

No levantó la voz. Se quedó mirándola con una expresión que le hizo comprender que llevaba toda la mañana explicando aquello.

—Quemó el pan —añadió—. Lo hace siempre que se pone a hablar. Anoche se puso a contarme lo de una gata que ha parido debajo del almacén. Estuvimos discutiendo dónde llevar a los críos para que no los pillara la rueda. ¿Cómo va a estar muerto a esa hora?

Aren notó que Lúa había dejado la cuchara.

—¿Qué derivación era?

Nerio sacó un papel doblado. Era una orden de revisión del cierre alto del canal. Ivo había añadido un dibujo junto a las indicaciones: dos líneas para el desnivel, un cuadrado y una flecha

que regresaba hacia el camino. Aren se inclinó sobre la mesa. El sello llevaba la rama de espino.

Pensó en el hilo de la torre.

—Necesito ver de dónde salió —dijo.

Nerio se levantó al momento. Mencía le puso un trozo de pan en la mano, pero él lo guardó sin mirarlo.

Lúa los siguió hasta la puerta.

—Voy a llevar mis paquetes al almacén de postas. Después estaré aquí. Si averiguáis algo y os falta gente, preguntad por mí.

No parecía una frase de cortesía. Aren asintió y salió detrás de Nerio.

El Molino de las Agujas estaba a un cuarto de hora de la plaza. La rueda movía una sucesión de cadenas y árboles de madera que hacían temblar los suelos. En el patio, tres trabajadores cargaban harina en un carro; al ver a Nerio se quedaron quietos, y luego volvieron al saco que tenían entre las manos. Uno se acercó a tocarle el hombro.

—No hay noticias —dijo Nerio, antes de que pudiera preguntar.

Los condujo a la cámara de medida. Aren había entrado otras veces para ajustar los brazos del flotador. Ahora una rejilla nueva cubría el ramal que se desviaba hacia la compuerta alta. No llevaba hojas ni ramas atrapadas. Había algo oscuro pegado al entramado, como un trozo de tela empapada.

La lechuza entró por el hueco del alero.

Aren se sobresaltó. El ave se posó en una viga y recogió las patas bajo el cuerpo. Nerio alzó la cabeza.

—¿Es tuya?

—No. Me ha seguido desde la plaza.

—Aquí hay ratones. No me extraña.

La respuesta la alivió. Se había sorprendido esperando una explicación mucho más complicada.

Nerio le enseñó el banco donde Ivo había dejado sus herramientas. Faltaban un gancho y una llave de tubo. Junto a la caja había un guante doblado y una marca oscura sobre la madera.

Aren rozó el borde con una astilla. La sustancia se estiró formando un filamento. Con el calor de sus dedos empezó a moverse hacia la mano.

La soltó.

—No lo toques —dijo a Nerio.

Le contó lo que había encontrado en el reloj. Mientras hablaba, apartó el guante con unas tenazas y vio que en el reverso quedaban varias hebras iguales. Una de ellas atravesaba la rejilla.

El rumor del agua cambió.

La masa pegada al entramado se desdobló con un chasquido húmedo. Aparecieron cinco prolongaciones estrechas. Aren tardó un instante en reconocer la forma de una mano; no tenía uñas ni piel, sólo fibras oscuras que se tensaban entre los listones.

—Atrás.

La mano se cerró sobre el borde. Nerio había retrocedido, pero la cadena de la compuerta empezó a moverse y lo golpeó en el hombro. Aren se agachó para esquivarla. El eslabón le rozó la oreja.

Sobre ellos, la lechuza abrió las alas.

Aren sintió una presión en el pecho y vio, durante un segundo, la cámara desde arriba: el banco, Nerio junto a la pared y una hebra más gruesa tendida detrás de la rejilla. La imagen se cortó cuando golpeó el suelo con la rodilla.

El mecanismo iba a arrastrar todo el entramado hacia la rueda.

—¡El freno! —gritó.

Nerio tiró de la barra. El árbol de transmisión crujió. Dos sacos cayeron en el piso superior y alguien empezó a protestar.

Aren se lanzó hacia el costado de la rejilla. Tenía que alcanzar aquella hebra gruesa sin meter la mano en el agua. Buscó con las tenazas, resbaló sobre el musgo y se golpeó la cadera contra el borde de piedra. La prolongación oscura se enroscó en su muñeca.

Estaba caliente.

Tiró hacia atrás. La presión aumentó y sintió los dedos entumecidos. No podía sacar el cuchillo con aquella mano. Nerio soltó un momento la barra para ayudarla, y el árbol volvió a girar.

—¡No! ¡Sujeta!

Él volvió al freno. Aren cogió las tenazas con la izquierda, localizó el filamento y lo atrapó contra la piedra. Necesitó retorcer la herramienta dos veces antes de que cediera.

La mano se deshizo.

Un líquido negro cayó al canal y se diluyó entre los restos de caña. Aren retrocedió hasta el banco, respirando por la boca. Tenía la muñeca marcada con una línea roja y la manga abierta por el codo.

Los otros trabajadores entraron cuando Nerio empezó a pedir cuñas. Entre todos inmovilizaron el árbol y bajaron la trampilla de entrada. El agua fue perdiendo fuerza. El silencio que dejó la rueda hizo que se oyeran, por primera vez, los gritos de la fiesta al otro lado del huerto.

La lechuza seguía en la viga, con el cuerpo pegado a la madera. Aren levantó una mano, pero no se acercó.

—Eso no estaba ayer —dijo un molinero.

Nerio se sentó a su lado.

—¿Ivo habrá tocado eso?

Aren no quiso responder antes de poder pensar. Miró la marca de su muñeca y luego el ramal nuevo.

—Iba a revisar el lugar al que lleva este conducto. Tenemos que ir allí.

—Voy contigo.

—Primero necesitamos saber cómo entrar sin que nos pase lo mismo.

Nerio hizo ademán de levantarse, pero ella le sujetó la manga.

—No te estoy diciendo que esperes a mañana. Dame un rato para encontrar a alguien que conozca esa obra.

Él volvió a sentarse. Tenía la mandíbula rígida y las manos tan blancas como la harina de sus puños.

Uno de los trabajadores se quedó vigilando la entrada cerrada. Otro salió a buscar a Elia. Aren envolvió las tenazas con un saco y cogió la orden de revisión.

Al cruzar el patio, le llegó una sensación breve de hambre. Miró hacia el tejado. La lechuza se había instalado al abrigo de una chimenea, lejos del ruido de la rueda.

Aren tenía hambre también. No había probado el caldo de Mencía. Aun así, supo distinguir aquella necesidad, aguda y ajena, de la suya. Se detuvo junto al abrevadero, incapaz de decidir si le daba más miedo entenderlo o no tener con quién hablar de ello.

Entonces el ave levantó la cabeza hacia un ratón que cruzaba bajo los sacos. Aren la dejó cazar y volvió al pueblo.

3

El vidrio rojo

Elia la hizo sentarse en el banco del taller y le remangó el brazo. La marca de la muñeca empezaba a hincharse.

—Puedes mover los dedos.

Aren los abrió y los cerró.

—Me tira al doblar.

—Pues no dobles hasta saber qué te ha hecho eso.

Elia examinó las tenazas sin quitar la tela del mango. En el extremo quedaba un residuo negro, ya seco. Lo guardó dentro de una caja de metal y cerró la tapa.

—El molino seguirá parado —dijo—. No voy a meter a nadie a limpiar esa rejilla.

—Necesitamos llegar a la caseta del cierre alto. ¿Trabajaste en ella?

—En la vieja, sí; hace siete años me pidieron que revisara el husillo del desvío, pero la caseta nueva la hizo la Casa con su propia gente.

Buscó un plano debajo de unas tablas, pero retiró la mano antes de sacarlo.

—Vera hizo los cristales, pregúntale a ella. Y no dejes de pasarte por el huerto para que Dalia te mire ese brazo.

Aren recogió la orden de Ivo, pero Elia la detuvo en la puerta.

—Cuando vuelva Nerio, ¿qué le digo?

—Que se reúna conmigo en el huerto. Ah, y que busque a Lúa en la posada, porque se ha ofrecido a ayudar. Creo que todas las manos que puedan echarnos serán bien recibidas.

Elia la miró durante un momento.

—No entres sola.

—No voy a entrar sola —le aseguró.

Vera tenía abierto el techo de su pequeño invernadero. Un conjunto de cristales curvos recogía el sol sobre los semilleros de su hermana, y ella pedaleaba para desplazar el armazón por un carril. Detuvo el mecanismo al ver a Aren.

—¿Qué te has hecho?

—Una tontería en el molino.

—¿De las que se curan o de las que hay que ir a buscarte?

Aren le enseñó la muñeca y la cristalera perdió la sonrisa. En vez de explicarle lo que temía, Aren le preguntó por su trabajo en la caseta. Vera la hizo entrar bajo el cobertizo y sacó de un cajón un tubo de vidrio rojo, abierto por uno de los extremos.

—Este se quebró al enfriarse. Los demás se los llevaron todos, hasta los recortes. Dijeron que el líquido no podía recibir luz directa.

—¿Para medir el agua?

—Para un preparado, o eso me dijeron. Yo sólo hice el vidrio, no lo que metieron dentro.

Puso el tubo junto a un plano sobre el banco. Aren reconoció una válvula de retorno y un cierre de presión, aunque la disposición no se parecía a la de un medidor corriente. En el dibujo había una salida demasiado estrecha para un canal y demasiado ancha para una lámpara.

—¿Adónde devuelve esto lo que recoge?

Vera siguió la línea con un dedo.

—A un depósito transportable que hay aquí —dijo señalando el punto exacto—. Tuve que hacer las curvas con esa medida porque iban bajo un carruaje.

Aren recordó la caja de metal que había visto en la plaza y se le secó la boca.

—¿Quién lo encargó?

—Valcár. ¿Por qué?

Le contó lo de Ivo, el hilo y la forma que había salido de la rejilla. Vera escuchó sin interrumpirla y, cuando terminó, recogió el tubo rojo con un trapo.

—Alda me dijo que pidiera ver dónde iban a ponerlo. Yo le dije que, si todo el mundo tuviera que enseñarme lo que hace con mis cristales, no vendería ni un vaso.

Se quedó mirando el tubo y, a continuación, sacó una lente montada en cuero.

—Llévate esto. Desde el camino podrás ver las marcas del nivel si miras entre las ramas. No hace falta acercarse a la pared.

—¿Vienes?

Vera miró el invernadero abierto y las tablas que cubrían un segundo horno.

—Voy a cerrar aquí y luego iré al huerto con herramientas para el vidrio. Recuerda: no abras nada que esté a presión.

En el Huerto de las Campanas, Dalia estaba arrancando cebollas y dos niños la ayudaban, dejando montones de tierra en el sendero. Había pequeñas campanas de barro colgadas bajo el alero. Llevaban nombres de personas ausentes: pescadores, viajeros, una mujer que había salido a buscar trabajo al otro lado de la cordillera. Algunas volvían a guardarse cuando sus dueños regresaban. La de Ivo estaba sobre la mesa, todavía sin cuerda.

Dalia siguió la mirada de Aren.

—Nerio la ha traído. No sabía qué hacer con las manos.

Le lavó el brazo con agua templada, comparó la temperatura de ambas muñecas y le preguntó por lo que había sentido. Aren se lo explicó con la mayor precisión que pudo, pero no mencionó aún que había visto la cámara desde una viga.

—Si pierdes sensibilidad, paras —le indicó Dalia—. Si aparece una línea oscura por encima de esto, vienes. Y no vuelvas a tocar esos hilos sin protegerte.

—¿Has visto algo parecido?

—He visto heridas de extracción, sí, las de los trabajadores de las Casas. Algunas se infectan y otras tardan mucho en cerrar.